

vez en su vida, procuró tocar con su confianza. Contó lo que podía contar de la visita de Gorka, callando lo que se refería á aquella palabra de honor falsamente dada y que le agobiaba siempre con peso mortal. Dijo cómo había calmado al furioso, cómo le había conducido á la estación; refirió después el encuentro de los dos rivales veinticuatro horas más tarde, insistiendo sobre la actitud de Alba aquella noche y sobre lo infame de las cartas anónimas escritas con un odio inaudito á la hija del antiguo amante de la señora Steno. Y después de referir la misteriosa disputa sobrevenida entre Gorka y Chaprón, concluyó así:

—He aceptado el cargo de testigo de Chaprón porque creo un deber ensayar todos los medios posibles para que no se efectúe ese duelo... Piense usted en lo que sucedería si se efectuase y uno de los dos cayera herido ó muerto; ¿cómo ocultar el caso en esta ciudad murmuradora? ¡Y qué comentarios! Es demasiado evidente que estos dos hombres han reñido á causa de la historia de la señora Steno y Maitland. ¿Por qué cambio imprevisto? No lo sé. Pero la opinión no tendrá duda alguna. Y de aquí nuevas cartas anónimas á Alba, á la señora Gorka y á la de Maitland. Los hombres me importan poco. De tres, dos merecen todo lo malo que les sucede. ¿Pero esas inocentes criaturas? ¿No es terrible?

—Terrible, en efecto—respondió Montfanón.—He aquí las consecuencias del adulterio. Hay muchas personas á las que alcanzan fuera de los culpables. ¿No lo ve usted, que encontraba anteayer esta sociedad tan fina, tan interesante? Mas para nada sirven las recriminaciones. Usted ha venido á pedirme consejo sobre su papel de testigo.

Mis locuras juveniles tendrán de bueno el que me servirán para dirigirle á usted. La concisión en los menores detalles y nada de nervios, esto es todo cuando se pretende arreglar un asunto de esta clase..... Trabajo le costará á usted. Gorka en este momento es un loco. Conozco á los poloneses; tienen terribles defectos, pero son valientes. ¡Sí lo son! Y á ese Chaprón le conozco también. Es de esas naturalezas tercas que se hacen agujerear el pecho sin decir ¡oh! antes de retroceder. ¡Y con un amor propio! ¡A pesar de ser mestizo, tiene sangre de soldado en las venas! Dígame usted, ¿qué héroe mayor que el primero de los tres Dumas, el general mestizo? Sí..... Usted tiene una buena carga con este asunto, Dorsenne. Le hará á usted falta otro testigo que tenga las mismas intenciones que usted y, perdóneme..... tal vez más experiencia.

—Pues bien, Marqués—respondió Julián, cuya voz temblaba de ansiedad,—no hay más que una persona en Roma que sea lo bastante respetada, lo bastante venerada de todos, incluso de Gorka, para que su intervención en este peligroso y delicado negocio sea decisiva, nada más que una persona que pueda dictar sus excusas á Chaprón ú obtenerlas del otro. En fin, no hay más que una persona que tenga la autoridad de un héroe, ante quien se debe callar cuando se hable de honor, y esta persona es usted.

—¡Yo!—exclamó Montfanón.—¿Quiere usted que yo sea?.....

—Uno de los testigos de Chaprón—interrumpió Dorsenne.—Vengo de su parte con este objeto. No me diga usted lo que ya sé: que su situación no se aviene á semejantes pasos. Precisamente por esta situación he

venido á usted. No me diga tampoco que sus principios religiosos son contrarios al duelo. Porque no le halla bueno, es precisamente por lo que yo deseo que usted acepte. Es preciso que no se lleve á cabo. Va en ello la paz de muchos inocentes.

Y continuó desplegando, al servicio del decisivo llamamiento que en aquel momento intentaba, todo el poder de su inteligencia y toda la elocuencia de que era capaz.

Podía observar en el rostro del antiguo quimerista, convertido en el más apasionado de los católicos y en el más maniaco de los viejos, veinte impresiones distintas y contradictorias. Al fin, Montfanón pasó su mano con verdadera solemnidad sobre el brazo de su interlocutor, que apretó fuertemente, y le dijo:

—Escuche usted, Dorsenne, y no me cuente más. Consiento en lo que usted me pide, pero con dos condiciones. La primera es que el señor Chaprón se sujetará de una manera absoluta á mi decisión, cualquiera que ésta sea. La segunda es que usted se retirará conmigo si esos señores quieren hacer los calaveras. Acepto el ayudarle á usted á cumplir una misión de caridad, y no otra cosa. Antes de que el señor Chaprón vaya á mi casa, usted le repetirá textualmente mis palabras.

—Textualmente—respondió el escritor.—Espera en su casa el resultado de mi conferencia con usted.

—Entonces—dijo el Marqués,—vuelvo á Roma en seguida. El ha debido recibir ya los testigos de Gorka; y si verdaderamente se quiere arreglar el asunto, lo urgente es no dilatarlo, aunque sólo sea para cortar la crisis de amor propio, que puede producir malas consecuencias. Faltaré á la procesión; pero impedir el mal, es hacer el bien; una manera de rezar á Dios.

—Déjeme usted apretarle la mano—dijo Dorsenne; —nunca como ahora he comprendido lo que es un gran hombre.

Cuando tres cuartos de hora más tarde, y después de haber acompañado á Montfanón, fué el escritor á la casa de la calle de Leopardi, se sentía sostenido por un apoyo moral de tal fuerza, que estaba casi alegre.

Encontró á Florent en el saloncillo de fumar, en disposición de arreglar algunos papeles, con la calma metódica que anunciaban sus ojos negros, siempre parados.

—¡Acepta!—fué la primera palabra que los jóvenes pronunciaron casi á la vez, y Dorsenne repitió las palabras que había prometido repetir.

—Me entrego á ustedes en absoluto—respondió el otro.—No tengo sed alguna de la sangre del señor Conde de Gorka; pero es preciso que ese señor no acuse de cobardía al nieto del coronel Chaprón. Para esto cuento con el pariente del general Dorsenne y con el antiguo soldado de Charette.

—Eso es claro—dijo Julián, al que Florent tenía una carta.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—Esto—respondió Florent—es una carta que le ha escrito á usted sobre esta misma mesa y hace media hora el Barón Hafner. Sepa usted que he recibido los testigos de mi adversario. El Barón es uno de ellos. El otro es Ardea.

—¡El Barón Hafner!—exclamó Dorsenne.—¡Qué elección más extraña!

Florent y él cambiaron una mirada, comprendiéndose sin hablarse.

Boleslas no había encontrado medio más seguro para hacer saber á la señora Steno el procedimiento que pensaba emplear en su venganza ó en sus venganzas.

Por otra parte, la afección conocida del Barón por la Condesa, daba una probabilidad más para una solución pacífica, al mismo tiempo que el fanatismo de Montfanón daba al caso, frente al padre de Fanny, un carácter cómico en medio del drama violento de los celos de Gorka.

Así es que Julián dijo sonriendo:

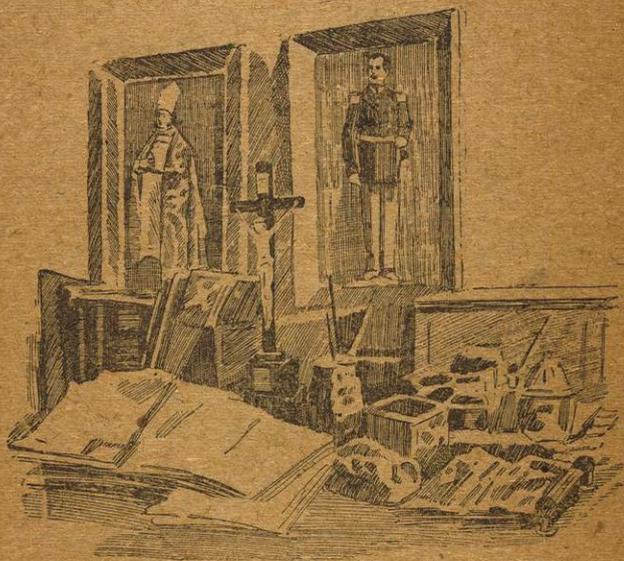
—Va usted á ver cómo se pone Montfanón cuando le anunciemos estos dos testigos. Ya sabe usted que es un hombre del siglo XV, un Montluc ó un Duque de Alba, un Felipe II. Yo no sé á quién aborrece más, si á los francmasones, á los librepensadores, á los protestantes, á los judíos ó á los alemanes. Y como ese diabliado Hafner tiene un poco de todo esto, le profesa un odio mortal. Sin contar con que tiene la sospecha de que es un agente secreto al servicio de la triple alianza. Pero veamos la carta. La abrió y la recorrió de una ojeada. Después dijo:

—El Barón comprende también que es necesario terminarlo todo lo antes posible, aunque no sea más que para evitar malévolas conversaciones. Nos cita en su casa entre seis y siete á mí y al otro testigo..... Vamos..... No hay tiempo que perder. Es preciso que venga usted conmigo á casa del Marqués para que haga usted oficialmente su petición. Comience usted por esto. Tenga usted su promesa antes de pronunciar el nombre de Hafner. Le conozco. No volverá sobre su palabra.

Los dos amigos encontraron á Montfanón, que les es-

peraba en su despacho, vasta pieza llena de libros y desde cuyas ventanas se dominaba el panorama del Foro, más majestuoso aún en aquella hora de la tarde, cuando la sombra de las columnas y de los arcos comenzaba á alargarse sobre el suelo casi blanco.

Como único adorno, un tapiz sobre la ancha mesa llena de papeles, sin duda los fragmentos de la famosa obra sobre las relaciones de la nobleza francesa y la Iglesia.



Un crucifijo había también en la mesa.

En las paredes, retratos grabados: uno de monseñor Pío, el santo Obispo de Poitiers, y el otro del General Sonis, en pie, con su pierna de palo, haciendo *pendant* á un hermoso cuadro que representaba á San Francisco, el patrón del amo de la casa.

Tal era el decorado artístico de aquella modesta estancia.

El gentil hombre decía á menudo:

—Yo me he librado de la tiranía del objeto..... Pero con aquel fondo maravilloso de grandiosas ruinas y aquel pedazo de cielo, el sitio era un incomparable asilo donde acabar, en la meditación y en la renuncia de todo, una vida en otra época agitada por las tempestades de los sentidos y del mundo.

El ermitaño de aquella Tebaida se levantó para saludar á los visitantes, y designando á Chaprón un volumen abierto sobre la mesa, dijo:

—De usted me ocupaba. Este es el libro de Chateaufvillars, sobre el duelo. Hay en él un código que no es muy completo. Se lo recomiendo á usted, sin embargo, si hemos de cumplir una misión como la nuestra.

Y mostró á Dorsenne y á sí mismo, con un gesto que indicaba una aceptación amistosa.

—Parece que ha tenido usted la mano un poco viva.....—añadió—¡Eh! No se defienda usted..... Tal como usted me ve, hace veintidós años he arrojado un plato á la cara á un caballero que se burlaba de monseñor el conde de Chambord ante un grupo de jacobinos, en la mesa de una fonda de provincia. Mire usted—continuó levantando su bigote canoso y descubriendo la cicatriz de una cuchillada.—Aquí tiene usted el recuerdo de la aventura. Mi rival era un antiguo oficial de dragones, y propuso el sable. Acepté, y ya ve usted; pero él perdió dos dedos. Esto no llegará para usted, esta vez al menos. ¿Le ha manifestado á usted Dorsenne nuestras condiciones?

—Y le he respondido que estaba seguro de no poder

confiar mi honor á mejores amigos—respondió Florent.

—Bien—dijo Montfanón con un gesto de satisfacción.—Nada de frases. Le he juzgado á usted desde el primer día en que usted me habló en San Luis. Usted honra á sus muertos; para mí, que creo que el hombre



no vale más que por lo pasado, eso es bastante. He aquí por qué me consideraría muy dichoso de serle á usted útil. Ahora repítame usted claramente lo que ha contado á Dorsenne.

Cuando Florent hubo referido en algunas palabras lo ocurrido entre él y Gorka, es decir, su discusión y su vivacidad, omitiendo cuidadosamente los detalles, á los

que mezclaría el nombre de su cuñado, dijo Montfanón familiarmente:

—¡Diante! El asunto se presenta mal, muy mal..... Veamos. Un testigo es un confesor. Usted ha tenido una disputa en la calle con el señor Gorka..... ¿pero sobre qué?..... ¿No puede usted responder? ¿Qué le ha dicho á usted para irritarle hasta el punto de querer pegarle? Este es el primer aspecto del caso.

—No puedo responder—dijo Florent.

—Entonces—añadió el Marqués después de un instante de silencio,—no queda más que establecer un ademán de parte de usted..... ¿cómo diré? irreflexivo..... y en definitiva inacabado. Este es el segundo aspecto de la cuestión. ¿Usted no tiene ninguna razón particular para no querer bien al señor Gorka?

—Ninguna.

—¿Y él para quererle á usted mal?

—Ninguna.

—El negocio se presenta mejor—dijo Montfanón, que se calló nuevamente, para volver á tomar la palabra como hombre que habla consigo mismo.—El señor Gorka se ha considerado ofendido..... Pero, ¿hay tal ofensa? Esto es lo que debemos discutir..... La vía de hecho ó la amenaza de vía de hecho no darían lugar á ningún arreglo. Pero un ademán involuntario reprimido en seguida..... No me interrumpa usted..... Busco el modo de despejar el camino y de ver claro. Debemos llegar á una solución. Será preciso expresar disgusto, dejando el campo abierto á otra reparación si Gorka la exige. No la exigirá. Todo el problema descansa en la busca de esos testigos suyos. ¿A quiénes elegirá?

—He recibido ya su visita—dijo Florent—hace una media hora. Uno de ellos es el Príncipe de Ardea.

—Es un gentilhombre—respondió Montfanón.—Podremos entendernos. No me disgusta verle para manifestarle mi sentimiento por esa venta pública de su palacio, á la que nunca debió dejarse llevar. ¿Y..... el otro?

—¿El otro? interrumpió Dorsenne.—Prepárese usted al golpe. Le juro á usted que no sabía su nombre cuando fuí á buscarle á usted á las catacumbas..... En fin, es..... es el Barón Hafner....

—¡El Barón Hafner!—exclamó Montfanón.—¡Boleslas Gorka, el descendiente de los Gorka, de ese gran Luc Gorka que fué palatino de Posen y Obispo de Cujavie, ha tomado por testigo al señor Justus Hafner, ese bandido, ese ladrón que ha tenido sobre sí el abominable proceso que nadie ignora!..... No, Dorsenne, no me diga usted eso; no es posible.

Después, con aire de desaffio, añadió:

—Le recusaremos por falta de honradez. Yo me encargo de decírselo á Boleslas.....

—Usted no hará eso—dijo vivamente Dorsenne.—Primeramente, en materia de honradez oficial, no hay más que la ley, y Hafner ha sido absuelto y sus adversarios condenados. Es lo que usted mismo me repitió el otro día. Y después, usted olvida la conversación que acabamos de tener.

—Perdón.....—interrumpió á su vez Florent.—El señor Montfanón, al acceder á mi súplica, me ha hecho un gran honor que nunca olvidaré; pero si de esto puede resultarle la menor contrariedad, lo lamentaría mucho, y estoy pronto á devolverle su palabra.

—No—dijo el Marqués después de un nuevo silencio, —no la recojo.

Era tan generoso cuando no se trataba de sus dos ó tres manías, que la menor delicadeza despertaba un eco en él. Tendió de nuevo la mano á Chaprón, y continuó con un acento cuya aspereza revelaba una irritación contenida.

—Después de todo, no nos incumbe el que Gorka haya juzgado conveniente hacerse representar en una cuestión de honor por alguien á quien ni saludar debía. Vaya usted, pues, á dar nuestros nombres á esos dos señores, y Dorsenne y yo les esperaremos, como es de ley. Ellos son los que han de venir, puesto que son los representantes del ofendido.

—Han dispuesto ya una cita para esta tarde—respondió Chaprón.

—¿Cómo dispuesto? ¿Y con quién? ¿Por qué?—exclamó Montfanón, presa de un nuevo acceso de cólera.

—¿Con usted? ¿Con nosotros? ¡Ah!..... ¡Qué poco me agrada que las cosas graves se traten tan á la ligera! El código está claro en este punto. Una vez cumplida su misión de avisarle á usted, á lo que usted debió responder sí ó no, esos señores debieron retirarse en seguida. No ha sido culpa de usted, sino de Ardea, que ha permitido á ese enredador hacer eso. Pero nosotros lo remediaremos, según el buen orden para estos asuntos, que es el francés. ¿Y cómo es esa cita?

—Voy á leerle á usted la carta que el Barón ha dejado á Florent para que me la entregara—dijo Dorsenne, que leyó, en efecto, la cortés carta que Hafner le había escrito, excusándose de elegir su propia casa como lugar de la cita para los cuatro testigos.—No se puede, sin embargo, dejar sin respuesta una carta tan política.

—Hay en ella mucho de «querido maestro» y de cumplimientos—dijo bruscamente Montfanón.—Siéntese usted aquí—insistió, cediendo su sillón á Florent—y anuncie nuestros nombres y nuestra dirección á ambos, añadiendo que estamos á su disposición, sin mencionar esta primera incorrección de su parte. Y usted, Dorsenne, toda vez que teme herir á ese señor, no le impido á usted que vaya personalmente á su casa á prevenirle que el señor Chaprón, aquí presente, ha escogido como testigo á un mal compañero..... un antiguo duellista, lo que usted quiera, pero que desea que se guarden las formalidades previas, y como la primera, un paso en regla cerca de nosotros dos, en su nombre, á fin de fijar la cita oficialmente.....

—¿Qué le había yo dicho á usted?—dijo Dorsenne cuando bajaba la escalera de casa de Montfanón con Florent;—es otro hombre desde que usted le ha nombrado al Barón. La discusión entre ellos va á ser digna de oírse. ¡Con tal que no embrolle el negocio con su locura! Palabra de honor, que si hubiera podido adivinar que Gorka buscaría tal testigo, no le hubiera á usted indicado al viejo conjurado, como yo le llamo.

—Pues yo, aunque el señor Montfanón me hiciera batirme á cinco pasos, le agradecería á usted mucho haberme puesto en relación con él—respondió Florent riendo.—Es un hombre entero, como mi padre, como Maitland. Adoro á las personas así.

—¿No hay, pues, medio de tener á la vez corazón y cabeza?—se dijo Julián, yendo hacia el palacio Savorelli, donde vivía Hafner, y pensando en la cólera del Marqués, por una parte, y por otra en las ilusiones sobre aquel egoísta de Maitland, que acababan de reve-